

que en ella se emplea, que tiene necesidad de combustibles y de esencias para trabajar y que no soy yo quien piensa y sueña, sino que el café, el té, el vino, el oxígeno y los sonidos piensan y sueñan en mí. Es un miedo estúpido tal vez; hay gente que bebe y escucha lo que yo bebo y escucho, y con todo, no hacen lo que yo hago. Pero no importa. Esta cosa negra o rubia que me echo al cuerpo me produce cierto efecto; si no la tomase no escribiría lo que escribo y no pensaría de ese modo. Estas substancias físicas y extrañas son una parte de mi inspiración, son las colaboradoras de mi vida, y ello me da rabia e ira. Ser deudor de Shakespeare es ya bastante fastidioso; pero deberle algo a una infusión de Puerto Rico y Santo Domingo, o de té de Ceylán, es harto humillante.

No sé cuántos experimentarán este malaventurado tormento de no encontrarse en sí mismos. Los griegos, con su *γνωθι σεαυτον* e Ibsen con el "sé tú mismo", me irritan por manera increíble. ¿Cómo haré para conocerme yo mismo si no sé encontrarme en esta multitud de humanidades, que me aprieta y penetra por doquier? Y ¿cómo llegaré a ser verdaderamente yo mismo si no sé reconocermé, si no sé cuál es el centro irreductible, el último residuo de mi personalidad?

Yo no busco un hombre, no busco el Hombre; quiero a mí mismo, únicamente a mí mismo. Y no sé quién es, ni dónde está, ni qué piensa verdaderamente. En este yo, fajado, vestido, inspirado por los demás, tengo que vivir, tengo que vivir, para siempre, como un desconocido, es uno de los suplicios de mi dura vida.

XL.

EL BUFON

Antes de morir de hambre y de frío como un gato extraviado, haré todos los oficios: iré a recoger trapos por las calles, con un saco al hombro; iré por las puertas de las iglesias y de los cafés pidiendo una limosna por amor de Dios; seré guarda de retretes públicos; haré bailar a un oso en las plazas de los pueblos, y si no me queda de veras otra salida, haré de joven abogado. Pero hay un oficio que no haré nunca, aunque me lo ordenasen con la pistola al pecho.

El de escritor bufón, de escritor que escribe para divertir la gente, para pasatiempo de aburridos y vagabundos; el infame oficio del hombre que de un enero a otro inventa historias, fabrica intrigas, busca aventuras, refresca recuerdos, desarrolla novelas, improvisa cuentos y construye comedias para hacer reír o llorar a quien lo paga y le aplaude.

Es inútil que estos divertidores públicos hablen de belleza, finjan ponerle morro a la plebe y reciban bajo la capa, por la noche, en la obscuridad, el precio de sus pasatiempos. Son, quiéranlo o no, los cortesanos de la multitud soberana, que quiere olvidar la torpe vida del día; los bufones asalariados del pueblo; los ministriles de la burguesía, que entre una chupada de cigarro y un paseo quieren leer. Quien vende ficciones

es un servidor de quien se aburre y tiene dinero — una especie de alcahuete que ofrece ajena vida fingida a quien no tiene vida bastante dentro de sí. ¿Qué diferencia hay, en cuanto al efecto, entre un cigarro y un cuento, entre un drama y una botella de vino? ríumando y leyendo pasa el fastidio de la espera; escuchando una comedia y emborrachándose bien, se entra a vivir en otro mundo, a soñar y ver lo que no existe.

Hay una diferencia: el arte. Y concedo que se podrán decir cosas muy hermosas también de esa manera, y que se podrán escribir obras que permanecerán, quién sabe cuánto tiempo, en el corazón de los hombres. Pero, en suma, en todas estas cosas hay siempre, en el fondo, la idea de que antes que nada es menester distraer a los hombres y tenerlos alegres, y que es bueno contarles historias para que no se adormezcan, para que respiren más de prisa, para llegar más seguramente a su alma y hacer comprender, de segunda mano, alguna gran verdad.

Pero ¿qué me importa darle gusto a los hombres? Yo no quiero ser el bufón de nadie. Y afirmo que todos los escritores de novelas, de historias, de cuentos, de comedias y de dramas, han sido bufones, gente que vive para solicitar la imaginación de los hombres, como los concertistas acarician sus oídos y las mujeres sus cuerpos.

Los hombres son casi todos niños, incluso a los sesenta años; tienen necesidad de esos quitapesares; tienen necesidad de las invenciones y de las aventuras, de lo pintoresco y de lo patético. Los escritores, aunque ellos mismos no fueran precisamente niños, los han contentado y se han puesto a andar en cuatro patas por el suelo, a tocar la trompeta, a caballo en un palo. Siento que entre ellos haya hombres como Homero, como Cervantes, como Shakespeare, como Dosto-

yeuski, a los cuales quiero bastante. También ellos son buenos como los demás; ¿qué queréis que yo le haga? También yo, cuando los leo y me divierto escuchándolos, soy un niño mimoso que sigue necesitando los cuentos de su mamá.

Me doy perfecta cuenta de que soy descontentadizo, fastidioso y puritano. ¿Quién ha pensado nunca que los que iluminaron nuestra niñez y nos acompañaron con tantas de sus criaturas, hablando en las veladas melancólicas y libidinosas de la adolescencia y de la juventud, fueron bufones? También yo, cuando me toma esta obscura rabia que me hace vomitar condenas y ofensas, dudo de mis palabras y estoy a punto de creerme injusto, desatentado y malo. Pero, por el contrario, no. Pensad lo que quiere decir bufón: hombre que divierte a los hombres. Y ¿cómo lo divierte? Muchas veces haciendo reír con las desgracias ajenas, o, por lo menos, sirviéndose de los males y de las desventuras, no para despertar la compasión y el horror, sino para entretener la curiosidad. El caso lastimero de dos amantes muertos antes de gozarse es un remedio para bostezar diez veces menos en una hora; la desesperación de una madre, la traición de una mujer, la ferocidad de un vengativo, la tristeza de un desilusionado, la generosa locura de un exaltado, el triste fin de un inocente; no hay cosa en el mundo que el cuentista de profesión no asalte y no haga suya para alimbararla ante los señoritos y las señoritas que no se desahogan suficientemente en la vida natural, y ante los papás y las mamás que se ríen de buena gana a costa de Don Quijote y vierten una lágrima sobre los sucesos del Rey Lear. Todo su arte, que muchas veces es grandísimo, tiene por objeto el interesar profundamente a los ociosos lectores o especuladores, de modo que sean verdaderamente transportados fuera de su pequeña vida personal, obscura, mezquina y hu-

millante. Entended, asimismo, la palabra bufón en el sentido más noble, más grande y más heroico que queráis, pero dejadme que llame así a todos aquellos que con la esperanza de una recompensa, ya sea una rama de laurel, un epígrafe glorioso, el batir de manos o diez mil liras contantes y sonantes, escriben algo con el fin de procurar a los hombres un entretenimiento placentero.

¿Os parece que ésta sea acción de hombres que tengan conciencia de su puesto en este misterioso y adorable universo? ¿Os parece que los pocos que ven unos cuantos pasos más allá de estas bestias niñas y saben el fin que nos espera si no sabemos vencer valientemente el destino, creando una vida más pura ante la amenaza de la nada? ¿Os parece, digo, que deban animar esa infantilidad y ese juego de los hombres y tenerlos quietos ante los teatros de papel donde se mueven los fantoches de los sueños, para escuchar las peripetias imaginarias de fantasmas imaginarios?

A qué tenerles tanta compasión fuera de lugar y emplear tanto genio en adormecerlos y acunarlos, cuando sería mucho más bello y peligroso despertarlos a fuerza de alaridos; ponerlos cara a la obscuridad, hacerlos columpiarse cabeza abajo en el abismo y obligarlos así a levantarse, a descubrirse, a hacerse más dolorosos, pero más altos ante el universo, que ahora apenas los soporta.

¡Pero qué historietas, leyendas ni tragedias! El que se aburra, que juegue a la brisca o que se tire al mar. Y no emplee más el genio en regalar lecturas divertidas a los desocupados y en dar nueva vida a quien existió en el pasado o no existió nunca, sino en anunciar nuevas vidas, vidas mejores; en preparar una tierra que conozca únicamente los dolores del espíritu, habitada por hombres que no piensen en olvidar, sino en recordar y prometer.

XLI

UN POCO DE CERTIDUMBRE

Yo no pido pan, gloria, ni compasión. No pido abrazos a las mujeres, dinero a los banqueros o elogios a los "geniales". Esas cosas o no me importan o las gano o robo por mí mismo. Pero pido y ruego, humildemente, de rodillas, con toda la fuerza y la pasión de mi alma, un poco de certidumbre; una sola, una pequeña fe segura, un átomo de verdad. Yo os ruego y os conjuro por cuanto tenéis de más caro y precioso, por vuestra vida, por vuestra amada de hoy, por vuestra idea preferida, que digáis si está entre vosotros quien tenga lo que busco, si hay alguien que esté *cierto*, que *conozca*, que *sepa*, que viva y se mueva en la *verdad*. Y si hay, si no yerra y no se engaña, si es generoso cuanto afortunado, me diga a mí lo que conoce y lo que sabe, me lo revele bajo juramento y me haga pagar cuanto quiera, como quiera, su verdad.

Tengo necesidad de un poco de certidumbre, tengo necesidad de algo verdadero. No puedo pasarme sin ello; no puedo vivir. No pido otra cosa, no pido más; pero esto que pido es mucho, es una cosa extraordinaria: lo sé. Mas lo quiero de todos modos; a toda costa debe dárseme si es que hay alguien en el mundo a quien mi vida le importe.

Yo no he buscado más que esto. Desde niño no he

vivido más que para esto. He llamado a todas las puertas, he interrogado a todos los ojos, he preguntado a todas las bocas y he sondeado mil y diez mil corazones en vano. Y en vano me he arrojado a la vida, a punto casi de asfixia y de vomitar; en vano, siempre en vano, me he estropeado los ojos sobre los libros viejos y sobre los últimos, y me he zumbado la cabeza con los alaridos de los filósofos rivales, y en vano, eternamente en vano, he provocado los ecos interiores y he preparado con humildad los caminos de la revelación. Pero nada, nada ha sucedido y nadie ha respondido.

Nadie ha respondido de modo que apagase todo deseo y toda necesidad de seguir pidiendo; nada ha sucedido que haya calmado el corazón, harto impaciente y saciado esta mi alma, sedienta como un desierto. No han sido inútiles todas las tentativas, las pruebas y los esfuerzos; han caído muchos muros, muchas murallas han sido derribadas y deshechas, algunas, poco a poco, como vena que se abre; otras, con gran estrépito, como si una nueva tierra surgiese de la antigua. Pero tras de cada pared estaba el vacío; más allá de cada muralla era la obscuridad y el eco de tal manera singular, que cada *sí* de esperanza devolvía un cansado *no* sin fin.

Nadie podrá decir que yo no he tenido valor. Recuerdo todavía las noches, largas, serenas, veladas al aire libre, con la ilusión del infinito en el alma, bajo esos cielos y esas estrellas que le llenan a uno de santidad y le limpian el pensamiento de los colores bestiales del día. . . Y me he inclinado sobre el cristal del microscopio; y ¿qué he visto? Lo que veo todos los días a ojo desnudo: pequeños seres en un pequeño mundo, devorándose unos a otros.

Vinieron también los hombres de la fe. Y todos sus discursos no consiguieron infundirme la fe que había

en sus palabras, y donde había palabras no había hechos; y donde había palabras, mi espíritu maldito entreveía los engaños, los orgullos, las ilusiones, las ignorancias, las ficciones, los comodines, los cálculos y todo cuanto quiere hacer de Dios un servidor del hombre.

Tampoco con los filósofos tuve fortuna; los mejores eran gramáticos, que a fuerza de afilar la hoz hacían caer seca a tierra la mies antes de segarla, y los demás eran poetas extraviados, enérgimos sin gracia, que diseñaban noche y día, en imaginarias ciudades celestes donde nadie puede vivir, largas, altas y ricas fachadas sin habitaciones detrás.

Y por ninguna parte verdad alguna. Una verdad, se entiende, de esas que hacen caer de bruces a tierra, como fulgores divinos, e iluminan con luz inextinguible lo de fuera y lo de dentro: el hombre y su imagen. Y por ninguna parte certidumbre alguna. De toda cosa he visto el pro y el contra y el pro del contra y el contra del pro; todas las ideas eran diamantes y prismas, como tetrafrontes y esfinges, con mil respuestas a diez preguntas. De cosa ninguna puedo decir: es así, y no de otro modo. A ningún problema se puede responder de una manera, sólo y únicamente de aquella manera. Todo hombre que habla tiene una razón suya, y quien habla contra él tiene la suya, y tiene la suya también el que habla contra el primero y el segundo y un cuarto posible. Nos toca asentir por turno; incluso el loco tiene sus argumentos, y es menester escucharle con prudencia.

¿Escéptico yo? No, desgraciadamente. Ni siquiera escéptico. El escéptico es afortunado; le queda una fe, la fe en la imposibilidad de la certidumbre.

Puede estar tranquilo, y si le acomoda, ser dogmático. Pero yo, no. Yo no creo ni siquiera en la vanidad de toda investigación y no estoy cierto siquiera de la

inexistencia de la certidumbre. Entre las cosas posibles está también ésta: que existe la verdad y que alguien la posee.

¿Qué quiere decir que yo no la haya encontrado y que no la posea? Ahora bien: no quiero vivir así, tambaleándome entre la duda y la negación, afanoso por el deseo siempre renaciente, agobiado por la derrota siempre repetida. Quiero que alguien me ayude, y que el que se haya calmado me dé también a mí un poco de su paz.

¡Pero nada de palabras, eh! Nada de engaños, de esperanzas de muchachos o charlas de mujeres.

Quiero una certidumbre cierta — ¡aunque sea una sola! —; quiero una fe indestructible — ¡aunque sea una sola! —. Quiero una verdad verdadera, aun pequeña y mezquina — ¡una sola! —. Pero una verdad que me haga tocar la substancia más interna del mundo; el último sostén, el más sólido; una verdad que de por sí se asiente en la cabeza y no haga concebir lo que la contradice; una verdad, en suma, que sea un *conocimiento*, un conocimiento real y verdadero, perfecto, definitivo, auténtico, indiscutible.

Sin esa verdad no puedo ya vivir, y si nadie se apiada de mí, si nadie puede responderme, buscaré en la muerte la bienaventuranza de la plena luz; o la quietud de la eterna nada.

XLII

¡QUIERO EL MAL!

Hay momentos en que me parece estar bien, en que me siento feliz, en que tengo el cobarde valor de olvidar toda la bajeza y el destrozo de mi vida, y me tumbo muy calladito, lenta, hipócritamente, en las comodidades, en las costumbres, en la vida fácil, gorda, tranquila, de todos vosotros, de compañeros a quienes odio. Es una cosa vergonzosa, y experimento cierta repugnancia al confesarla.

No he sido hecho para la alegría, no debo buscar el placer — ¡ay de mí si caigo en los tibios y adormecedores brazos de la felicidad! —. Sí quiero ser fiel a la razón de ser de mi alma — al juramento que hice al nacer la segunda vez —, al pacto que hice con la vida y con la muerte, no debo diluírme y endulzarme en el lácteo biberón del bienestar ordinario y común.

Harta regularidad, harta paz, harta bonanza hay ahora en mi vida. Mientras los hijos del hombre no tienen donde descansar la cabeza, yo tengo una casa de cinco habitaciones, en un palacio antiguo, junto a los jardines siempre nuevos, y da en ella el sol, y hay buenas camas para dormir, amplias butacas para sentarse, grandes platos para comer. Soy pobre, y con todo, nada me falta. Todos los días la sopa humea sobre la mesa, y el pan bien tostado cruje entre los dientes. Hay sobre la tierra un poco de sonrisa, incluso para quien quiere alejarse de ella como un hijo maldito.

Hoy por hoy, mi vida está ordenada y regulada. Me

voy a la cama temprano, duermo hasta la mañana, el estómago digiere, los amigos me quieren, las mujeres me buscan, chicos y grandes se quitan el sombrero a mi paso. Todo va bien, nada falta. Todo va bien y nada falta para aquel que busca únicamente lo exterior y juzga a los demás tomándose a sí mismo como medida. Pero no había venido al mundo para eso, no había aceptado el vivir para eso; no para eso durante veinte años seguidos me he martirizado y flagelado el alma, como un fraile loco se martirizaba y flagelaba pecho y espaldas. Me he quedado en el mundo porque el mundo es aún más temeroso que la nada; he aceptado la vida porque la vida es más dolorosa que la muerte; me he disciplinado, despellejado y azotado porque únicamente del dolor procede la verdad; sólo en el espasmo nacen los fetos de la mente, y toda la música no es más que melancolía, y en el fondo de la desesperación es la única voluptuosidad que no da asco.

No quiero estar contento ni tranquilo, no quiero ser feliz ni rico. Reclamo todas las desventuras sobre mi cabeza; invoco desgracias sin número en el camino de la vida. Que la enfermedad me haga castañetear los dientes; que la pobreza vacíe mi casa; que el amor me traicione; que los amigos me dejen; que los gusanos babeen sobre mí; que la fiebre y la locura se disputen mi cabeza; que los enemigos me persigan y me hieran; que los únicos caros se me mueran al lado, de pronto, sin un gemido... Venga conmigo todo el dolor del mundo; con esta sola condición se verá si soy un hombre o un trapo, si me sostiene un alma o únicamente un esqueleto. Los cabellos encanecen; las mejillas se aflojan; la frente se arruga; caen las lágrimas; ¿qué importa? Únicamente en la soledad desesperada crecen las flores que yo busco, crecen las flores que ya no se marchitan ni doblagan, que huelen y viven siempre.

XLIII

EL FIN DEL CUERPO

No sólo el alma está agobiada, sino que también el cuerpo está gastado y se acaba. Harto tiempo he ido cantando: "¡Espíritu, ¡espíritu!", y en él no he pensado y le he dominado como a caballo indómito, a fuerza de espolazos y tirones del freno. Esperaba domarlo, contaba vencerlo, apoderarme de su alma y enseñorearme de él sin mirarlo siquiera, y ahora se venga; siento que el fin se aproxima y que esta envoltura de largos huesos embutida de poca carne amenaza deshacerse, volverse barro bajo el barro.

Los ojos primero que nada. Los he estropeado desde chico por leer a la luz de una vela y a la más tranquila, pero más débil, de una lamparilla de aceite que casi siempre, hacia media noche, se apagaba poco a poco, dejándome a obscuras y con el olor horrible del pábilo humeante. Los he sacrificado en los días de invierno, en los crepúsculos ociosos (¡qué aburrimiento dejar a la mitad una página que te interesa y levantarse de la silla caliente para buscar las cerillas!), en las salas obtusas de las bibliotecas anticuadas; obstinado en leer mientras podía adivinar la forma de las letras; en tanto podía escribir, casi a tientas, sobre el papel sin rayar! Y por la mañana, muchas veces, apenas la primera claridad asomaba entre las

maderas, volvía a tomar el libro abandonado por fuerza la noche antes y leía en la cama hasta que el asco del calor animal de las sábanas me echaba al frío de la calle y a los quehaceres habituales.

En aquella luz pobre y roja de la noche, en aquella poca y vívida luz del alba se esforzaban los ojos: las pupilas se ensanchaban desmesuradamente; los párpados se enrojecían. Sentía luego cierta ternura en ellos durante todo el día y caérseme las lágrimas por las mejillas. No me importaba; pero desde hace muchos años no logro ver lo que hay en lo alto de una montaña y a unos cuantos pasos no reconozco un rostro amigo y familiar. No veo; no veo más que de cerca y con ayuda de lentes fuertes. El mundo ha perdido para mí sus más vivos colores y sus contornos netos y precisos. Lo veo todo confusamente, como en una niebla, ligerísima por ahora, pero universal y continua. De lejos, por la noche, todas las figuras se me confunden; un hombre con capa me parece una mujer; una llamita tranquila, una larga raya de luz roja; una barca que baje el río, una mancha negra en la corriente. Los rostros son manchas claras; las ventanas, manchas oscuras en las casas; los árboles, manchas oscuras y compactas que se elevan en la sombra, y apenas si tres o cuatro estrellas de primera magnitud brillan para mí en el cielo.

¡Y que durase mucho! Pero tengo miedo de quedarme ciego. Tengo miedo de ir viendo cada vez menos, menos, ¡y luego nada! Me imagino con espanto lo que sería mi vida. No tengo fuerza sino en la inteligencia, no tengo amigos más que entre los muertos, no tengo placeres fuera de los libros. ¡Y no podría volver a ver ninguno de esos hermosos tipos redondos, elzevirianos, cursivos, que me han dado tantas alegrías, que me han enseñado cuanto sé, que han expresado a los demás cuanto había de menos vil en

mí mismo. Tendría que esperar las mercedes de los demás, leer con ojos extraños; entregarme a la elección, a la paciencia, a la compasión ajena. Y en mi derredor, ¡obscuridad, todo obscuridad! ¡Negro y obscuridad por doquier, para siempre! Yo con mi pensamiento *solo* en medio de las tinieblas hasta la muerte. No creo en ello seriamente, y con todo, lo pienso de cuando en cuando, como en una cosa cierta, ya fijada, cuestión de días o de años. Y pruebo a vivir semejante desventurada vida prevista: a veces, si la calle es solitaria, cierro los ojos y sigo andando; dudo, no voy derecho; siento a mi lado las paredes y los umbrales de las casas y bajo mis pies las losas, que hacen eco a mis pasos. ¿Sabría llegar a casa? Pero de pronto oigo ruido: un coche, un transeunte. Vuelvo a abrir los ojos: no se ha perdido el mundo. Aun veo algo; ¡estoy salvo! Torno a cerrar los ojos otra vez, y entre la obscuridad y la alegría sigo mi camino, llevo a mi destino.

Pero es inútil: me quedaré ciego seguramente; lo siento. El espacio se ha roto para siempre en algún punto. Pequeñas manchas oscuras bailan y giran en torno mío, y no hay lentes que las hagan desaparecer. Cuando se ensanchen y se junten caerá para mí, sobre el magnífico mundo del sol y del color, el telón negro y definitivo de la ceguera, y todo habrá terminado.

Si no muero ciego, moriré parálítico; también los nervios están gastados y nada sano el cerebro. Siento los avisos hace bastante tiempo: dolores y entorpecimiento en una pierna, movimientos involuntarios de los dedos, grandes opresiones de cabeza. A veces siento en el cráneo como si algo se deshiciera. Si quiero pensar, todo se confunde y nubla y me parece como si todos los objetos corrieran vertiginosamente, no obstante tenerlos siempre delante, y como si las ideas desaparecieran de repente, sin conseguir yo atraerlas

de nuevo, y una palabra estúpida, una imagen insignificante resurgen y se clavan allí sin querer volver a la obscuridad de lo inconsciente. El aire me pesa como si tuviera que sostener con la cabeza el firmamento, y dentro hay vacío y dolor y no puedo reflexionar, no sé trabajar, no quiero saber nada. Un cansancio enorme de ocaso, una inapetencia espiritual de quien todo lo bebió y vomitó, un odio por todas las ideas y todas las apariencias me hacen despreciable y digno de compasión a mis ojos.

Más de una vez me he desmayado en casa y en la calle. Y he aquí después los largos días de convalecencia idiota, de reposo forzado, de humillación innarrable, de rabia impotente, de esfuerzos sin dirección. Nada basta para galvanizarme: ni café, ni te, ni vino, ni buenas palabras de amigos, ni caricias de mujer. Saboreo el disgusto y me ahogo en la nada, y deseo tan sólo la noche, la cama y el sueño grave, largo, bestial, hasta entrada la mañana.

De cuando en cuando desvaríos, caprichos, desequilibrios, ideas fijas, y es espantosa entre todas las cosas esa confusión, esa opresión, esa pesadez de cabeza, que no es dolor de cabeza tan sólo, sino también dolor de espíritu, anemia del alma, vergüenza muda del reposo odiado y necesario. A veces me parece no poder volver a aferrar el pensamiento, y una completa danza rápida, aulladora de ideas trastrocadas, de figuras imposibles, de fragmentos de frases; una danza que me toma y me arrastra y me pierde en el tumulto de mis propias criaturas; amontonamiento de luces que aparecen y desaparecen en un mar oscuro, y luego el cansancio desfallecido de quien no tiene ya nada que hacer en un mundo que ya no es suyo y que quiere comer únicamente para apoyarse en la solidez de la salud carnal. Un buen día la crisis no pasará, y una parte del cuerpo se quedará inmóvil para siem-

pre, y el cerebro no funcionará más, no pensará más, no verá más lo que veía; no recordará lo que vió; no será capaz de penetrar los pensamientos ajenos, de ligar y expresar los pensamientos propios. Será el paso lento e idiota de algunas imágenes insustanciales, desencajadas del conjunto; algo blanco, paredes blanqueadas, delantales cándidos, el cielo sin secretos y el tranquilo vaivén de un manicomio decente, de un manicomio de pago. ¿O acaso los alaridos feroces, los terrores inmensos y las noches llenas de fantasmas y de gritos, entre las tinieblas del espíritu y de la habitación? O tal vez el apagamiento lento e inconsciente: no entender, no comprender, no saber más nada, nunca más; no entender ni siquiera que no se entiende... Y el fin...

XLIV

LA MUERTE

Pero ¿quién ha dicho que yo tengo que morir? ¿Morir? ¿También yo, pues, tendría que dejar de pronto de respirar, de ver, de moverme, de sufrir? ¿Tendría que hacer como los demás? ¿Como todos? Todos los hombres mueren. Muchas gracias. Pero ¿os parece buena razón esa? Muera enhorabuena quien quiera morir: yo soy yo y no soy los demás.

¡Pero no, ea! Aquí debe haber un error, una mala inteligencia colosal. ¿Qué razón habría para que también yo tuviese que desaparecer estúpidamente, como un cualquiera? Pero ¿no sabéis que yo llevo todo el mundo dentro de mí? ¿No sabéis que si me muero ya no existe la lluvia, que cae y tiembla sobre las hojas; el hermoso sol que quema la piel, el prado verde y blanco que hace tropeles de sombras cuando el viento lo desflora, ni el gran cielo azul, ni el buey tranquilo y blanco, ni las vírgenes en medio del oro en el fondo de las iglesias oscuras, ni los cantos maniáticos de las muchachas abandonadas, ni las alegrías que brillan en los escaparates, por la noche, bajo la roja electricidad?

Todo el mundo con sus bellezas y sus horrores, con sus ideas y sus cuerpos; todo el mundo está aquí, en mí, dentro de mí, y sería anulado si yo muriese.

¿Pero cómo? ¿Habré de convertirme como los demás en un cuerpo helado, en una carroña hedionda, en una gusanera, en un puñado de polvo? ¿Es posible que yo imagine de mí una cosa semejante? ¿Puede

darse nunca que el mundo muera de repente conmigo? ¿Es justo que todo lo que llevo en mi cerebro y en mi corazón, todo este infinito pulular de pensamientos y de recuerdos, de imágenes y de afanes, haya de acabar y detenerse para siempre? ¿Cómo puedo imaginar que el mundo siguiera siendo si no lo puedo pensar más que con *mi* pensamiento?

¡Afuera, pues, engañadores insidiosos y malignos, bestias hambrientas de muertos! Yo no puedo morir, no quiero morir, no moriré nunca.

¿Creéis acaso que me importa la vida porque soy feliz bienaventurado, porque estoy contento, lleno de comodidades y de dinero? ¡Ni por sueños! Soy el hombre más desgraciado y miserable del mundo; no tengo amor, no tengo riquezas, no tengo amigos, no soy guapo ni fuerte. He conocido pocas alegrías en el mundo; he gozado rara vez; he llorado frecuentemente; he sufrido casi siempre. Y, con todo, no quiero morir. No, en absoluto; quiero vivir todavía, vivir siempre.

Es inútil que tú me prometas, sacerdote, otras vidas en otros mundos; una vida más bella, más tranquila, más luminosa. No lo creo. No sé nada de tus mundos; no quiero saber nada de tu felicidad. Conozco este mundo, esta tierra, esta vida fea, agitada y tenebrosa, y ésta quiero, ésta deseo, ésta pido para siempre. Quiero precisamente esta vida mía desgraciada, descontentadiza, melancólica, triste; esta mi vida dolorosa. Que yo vea el cielo, aunque sea sólo un pedazo, con tal de que sienta cantar un pájaro por la mañana en primavera; con tal de que yo vea reír a un niño y a una mujer; con tal que pueda escribir alguna palabra para quien bien me quiere; con tal que pueda seguir la inquieta sombra de un árbol sobre el muro blanqueado por la luna de agosto.